

Nuestro mestizaje en breves notas de historia, literatura y fiesta

Por Arcesio ZAPATA VINASCO*

1. Eduardo Galeano. *las venas abiertas de la literatura*

SU CONFERENCIA ERA UN LIBRE DISERTAR, como debe ser. ¿Para qué leer lo que está escrito? Y al final alguien preguntó “¿qué significa escribir?”, y él respondió: “un gran placer para mi mano y un gran tormento para mi culo”. La gente se rió y de inmediato, casi con voz de maestro, dijo que ésa era la bobería a que nos condenaba Estados Unidos, porque la palabra “culo” es una palabra bien dicha y castiza. Ése es mi recuerdo de aquella noche. Y éste es mi tributo a quien alimentó en mí la posibilidad de escribir los pequeños párrafos que dan otras noticias de nuestras vidas y la esperanza de enseñar lo que nunca hemos ensayado: la democracia.

Se ha alimentado una gran generación de hombres de nuestro continente para reconstruir la historia de quienes tenemos la “capacidad de indignación”. Nuestra historia ha negado siempre nuestras tres grandes madres: sólo se acepta una, la blanca, y se desconocen, desde la historia oficial, las otras dos: la negra y la indígena.

El libro clásico universitario le gastó al escritor “noventa noches de mucho café”, hacia 1970. Allí aprendimos que España vendía la leche pero el dueño de la vaca era Inglaterra. Un libro denunciado por su autor como “unidimensional”, que volvería a firmar porque es la contrahistoria pero que sólo enfoca argumentos políticos y no otros aspectos de la totalidad del hombre americano, esos muchos aspectos para recuperar esa multidimensión. Así lo hizo con los tres libros *Memoria del fuego: los nacimientos*, *Las caras y las máscaras* y *El siglo del viento*. El primero llegó tarde a Colombia, pero llegó. Luego los otros dos demoraron casi dos años para conseguirse porque ninguna editorial colombiana los había publicado. Este “mosaico” de tres libros nos daba otra explicación, la desconocida, y otra razón de ser, la libertad de nuestras almas colonizadas por la Corona. Cada texto ocupa su lugar, dice Galeano, con su ritmo y su color al lado de otras “ventanillas”, otros párrafos, en ese redescubrimiento de la historia americana:

* Escritor y pedagogo colombiano. E-mail: <arza1n52@hotmail.com>

“Palabra de América”: El padre Antonio Vieira murió al filo del siglo, pero no su voz, que continúa abrigando el desamparo. En tierras del Brasil suenan recientes, siempre vivas, las palabras del misionero de los infelices y los perseguidos.

Una noche, el padre Vieira habló sobre los más antiguos profetas. Ellos no se equivocaban, dijo, cuando leían el destino en las entrañas de los animales que sacrificaban. En las entrañas, dijo. En las entrañas, no en la cabeza, porque mejor profeta es el capaz de amor que el capaz de razón.

1701, San Salvador de Bahía¹

En los eventos pedagógicos hemos venido insistiendo con mayores esfuerzos en proclamar la sociedad del amor contra la sociedad del destierro como vivimos en las ciudades grandes. Así este riesgo sea muy caro debemos enfrentarlo con el espíritu dispuesto a triunfar para que seamos estos profetas de nuestro propio destino.

Los negros son parte fundamental en nuestras costumbres culturales, religiosas y musicales; muchos de ellos perecieron en altamar y otros llegaron a repoblar nuestro paisaje con sus cantos, que escondían sus dioses, con sus ritmos, que escondían sus festividades, con sus músicas, que señalaban otro norte para nuestra común tierra. En su charla en Medellín y que en el ensayo tiene por título “Por este continente de siete colores”, dice Eduardo Galeano que

trajeron consigo los dioses que iban a necesitar. Me explico: algunos dioses se cayeron al agua y otros dioses cumplieron la travesía completa. Los que cayeron al agua fueron los dioses agrarios porque qué interés podía tener el esclavo en pedir a los dioses la fecundidad de la tierra, si la tierra era la tierra del amo, cuanto más fecunda fuera la tierra más duro sería su trabajo de esclavo; y qué interés podía tener el esclavo negro de pedir a los dioses la fecundidad de la mujer, si del vientre de esa mujer iban a brotar más esclavos que iban a ser propiedad del amo. Entonces los que atraviesan la mar son los dioses guerreros, son los dioses peleadores, que les van a servir para mantener intacta la dignidad y el espíritu de resistencia, son los dioses que alumbran los palenques de los negros cimarrones.²

Muchos temas de nuestra historia, que por nuestra es también muy desconocida, están tocados por la magia de la palabra de Galeano. Para explicar la Trinidad el español utilizó una franja de paño y luego escribió que “los mexicanos habían creído que Dios era de paño”, cuando trataba

¹ *Memorias del fuego*, libro segundo *Las caras y las máscaras*. Buenos Aires, Siglo XXI. 1984, p. 4

² Primer casete de la charla realizada en Medellín, 1982. lado B

de explicar tres franjas distintas de un mismo corte de paño. *El derecho de nacer* ha sido la radionovela más oída en América Latina hacia 1949, y don Rafael del Junco lleva setenta y cuatro episodios sin decir la verdad pero su silencio es por huelga. Distinguir entre Pelé y Garrincha es como distinguir entre el entretenimiento y el negocio. Y muchos aspectos de nuestra historia contados magistralmente por esta pluma uruguaya que es el representante de esta indignación que lee, estudia, escribe y comenta.

2. *El ensayo como presencia cercana de nuestro continente (comentarios sobre Morales Benítez y el liberalismo democrático de Ricardo Vélez Rodríguez)*³

D:SDI: hace algunos años, muchos si pensamos en la historia y pocos si pensamos en el porvenir, vengo detenido (mirando y leyendo), en la obra de Otto Morales Benítez. Hay algo natural y contextual: las circunstancias concretas bajo las cuales se describe una situación, se analiza un fenómeno o se clasifica una producción. Ser parte de esos ingredientes, es decir, ser testigo de una entrevista a largo plazo y poder contar ciertas aproximaciones y muchos mestizajes en el devenir de una escritura que estará por encima de la levedad del hombre en la vida.

Hace como dos años, en Bogotá, un profesor chileno del que he sido alumno en la investigación y en la concreción de hechos culturales desde 1985, habló en la Academia de la Lengua y dijo que la investigación seria y profunda, desde México hasta Argentina, está siendo iluminada y guiada por el pensamiento de Michel Foucault. Parte de un estudio profundo y serio por mí realizado sobre la obra de Otto Morales Benítez está sustentado en la aplicación del pensamiento foucaultiano.

Mirar la obra como mirar la vida. Mi acercamiento a su obra es parte fundamental de mi acercamiento a mi personalidad: indoamericano, colombiano, mestizo, riosuceño. Mi proximidad a mi tierra, a mi matriz, a mi identidad y sobre todo a mi esperanza.

El ensayista como productor de saber. Su ensayo está próximo al saber no porque las escuelas de conocimiento no produzcan más saber y más nuevo saber, sino por la audiencia de un ensayo que acerca ciertos contenidos, ciertas aproximaciones, a esos saberes, desde los ojos del lector que tiene más cercanía al ensayista que al intelectual puro de una rama de conocimiento. Lo que podríamos decir es que el ensayista está

³ Ricardo Vélez Rodríguez, *Morales Benítez y el liberalismo democrático*, Minas Geras, Brasil, Academia Brasileña de Filosofía, Universidades Gama Filho, Rio de Janeiro y Federal de Juiz de Fora

más cerca del conocimiento real que el creador de las ciencias: por la comunicación, por el foro, por la audiencia: “El ensayo es, pues, para Ortega, género vital y agónico, que acompaña, desde el punto de vista de la claridad de la razón, el torbellino insondable y siempre agitado de la vida”⁴; por ello se autodefine “el historiador no es más que un hombre que alumbró caminos”⁵.

Vélez Rodríguez inscribe a Otto Morales Benítez en su “inspiración orteguiana” cuando afirma “escribir, para mí, es un deseo de poner claridad en lo que veo y en lo que concibo”⁶ y ver el conjunto de estos ensayistas en todo el continente es “repasar la contribución de los ensayistas de nuestros diferentes países en la conformación de unas tesis —que yo llamo mestizas— y que le dan marco conceptual a nuestros gobiernos”.⁷

Sin prisa y sin formalismo. La discontinuidad del trabajo está determinada por circunstancias completamente ajenas a la investigación pero completamente cercanas a la vida: el financiamiento. Un pequeño porcentaje de obras, dedicadas exclusivamente a los temas literarios e históricos, se ha estudiado; pero se sigue leyendo con menos prisa y sin tanto formalismo teórico, otra parte de su producción.

Morales Benítez y el liberalismo democrático, de Ricardo Vélez Rodríguez, es parte de estos nuevos acercamientos. La voz del colombiano radicado en Brasil le da a la voz de Otto una nueva dimensión y una excelente ubicación en el terreno de lo nuestro, de la historia y de lo democrático de su posición política. Su obra parece ser vista desde otros enfoques para aproximar su modo de ser y de estar a otros modos de ser y de estar en América, libres de ataduras.

Es indispensable ubicar el concepto de libertad para darle contenido a la visión continental “una fortaleza moral que dirige en última instancia la política y con la cual toda buena política debe arreglar cuentas”.⁸

Desde allí lo mira Vélez Rodríguez, y desde aquí (Colombia) aplaudo esta decisión de Morales Benítez que instaura un orden ético para su partido y una esperanza en la buena política.

⁴ Como se dice en el prólogo a la cuarta edición de *España invertebrada*. Madrid. Revista de Occidente/Alianza, 1981

⁵ Otto Morales Benítez, *Sancllemente, Marroquin, el liberalismo y Panamá*, Bogotá. Stamato, 1998, pp. 531-532

⁶ “El ensayista Uribe Uribe”, p. 13, en su obra *Iconografía y fragmentos de prosas*. Bogotá. Universidad Central, 1995, p. 7

⁷ OMB. “Ideología y atisbos a la realidad colombiana en la obra pública de Aquileo Parra”. lectura en la Academia de la Lengua, julio 26 del 2001. *Boletín de historia y antigüedades* (Academia Colombiana de Historia), núm. 822, p. 594

⁸ Otto Morales Benítez, antología y prólogo, *Origen, programas y tesis del liberalismo*, Bogotá. Biblioteca del Liberalismo, 1997, p. 128

El mestizaje fue el concepto que atrajo la mirada de los expedicionarios pedagógicos: cómo nos formamos, cómo nos desarrollamos, qué tipo de color y de calor de este nuevo hombre. Todo cambió con la llegada de los españoles, portugueses, ingleses y todas las migraciones de esperanzas europeas. Es el primer apóstol en predicar ésa nuestra naturaleza y nuestra formación: ahí la unidad de nuestro continente y nuestro Caribe, ahí la cédula de ciudadanía de un nuevo hombre y de una nueva ilusión. Señalemos otros nombres en este propósito: Jorge Amado, el gran brasileño; Pablo Neruda, con su poesía telúrica americana. Por ello, pretende Vélez Rodríguez “convertir su pensamiento en expresión del mestizaje”.⁹ La obra de mayor alcance continental es *Memorias del mestizaje*, donde irrumpe el historiador y genera conciencia de los caminos, los componentes, las vertientes y una gran cantidad de verdades que para muchos son como el descubrimiento de nuestra piel, de nuestro corazón y de nuestras verdades.

En mi primera entrevista para el periódico local *El Riosuceño* se le preguntó a Morales Benítez qué ocurriría si el país seguía a la deriva en la puesta en práctica de programas sin sentido, sin historia y sin hombre y él respondió: “perderá la democracia”, porque es la que gana cuando la política se ejerce para orientar y educar y no para tiranizar. Vélez Rodríguez dice que en su obra el material trabajado es “la greda colombiana”¹⁰ Porque sus deseos de libertad se “identifican con las ansias de libertad de la gran masa de nuestro pueblo”,¹¹ ratifica Vélez Rodríguez, “el *leitmotiv* de su obra es la democracia afincada en el ideal de la libertad”.¹² Porque el poder de decisión está en el pueblo, en el hombre del pueblo, “y que no será encadenado al silencio; ni tolerará que se le recluya en el lindero oscuro de la cobardía; ni abandonará el derecho de la insurgencia colectiva”.¹³

“La libertad de los demás lleva la mía al infinito”, es una frase de Benito Juárez, que implica que la libertad personal está comprometida con la libertad colectiva y con las libertades de la nación y de la patria.

La gran revolución cultural del país se ha cristalizado y afianzado desde los *Encuentros de la palabra*. Es un centro gestor de propuestas, de iniciativas, de caminos en la investigación, las artes y las ciencias. La cul-

⁹ Vélez Rodríguez, *Morales Benítez: y el liberalismo democrático* [n. 3], p. 168

¹⁰ El color específico de un cierto hombre y de una cierta condición: mestizos. *ibid.*, p. 175.

¹¹ *Ibid.*, p. 175.

¹² *Ibid.*

¹³ Otto Morales Benítez, *Liberalismo: destino de la patria*, p. 21

tura ha encontrado en el espacio su propio espacio de desarrollo y de nacionalidad. Vélez Rodríguez expresa “su apoyo incondicional a los gobernantes que se muestren sensibles ante la riqueza de la cultura popular”.¹⁴ Porque fue a raíz de la sabiduría popular que se desterraron conceptos como la hegemonía española en el idioma, la cultura, las formas y los decires de una población que tenía y tiene su propia historia y sus propias costumbres. Vélez Rodríguez señala un aspecto fundamental de igualación de las diferencias, “es la única (la música), que logra la unión de los proletarios y ricos del universo”,¹⁵ y me traslada a mi época universitaria cuando un gran marxista nos decía, “esa canción (*Lamparilla*) no es sino cambiarle la letra y hacer una gran canción de nuestra cultura”.¹⁶

Otto Morales Benítez insiste en sus tesis: así se mantiene en el centro ideológico de los estadistas y los liberales. Corroborar algo con lo cual Vélez Rodríguez y yo, en particular, podríamos publicar como un gran manifiesto del valor civil en lo público y una gran estrategia en lo político, “o olvidar, e insistimos en la tesis, que las utopías democráticas hay que crearlas y difundirlas para que en torno de ellas nos aglutinemos y así evitar que prospere el desinterés de la población por lo político. Es una manera de luchar contra las fuerzas del contrapoder”.¹⁷

3 Por este continente de siete colores

LA literatura desempeña su papel más importante en la historia: da los jalones que ésta necesita para fundamentar unas hipótesis, unas tesis, unas guías. Pero más sabe uno de historia por la literatura que por la historia. El libro del doctor Morales Benítez¹⁸ tiene esa fortuna: es un libro de historia que se lee como si fuese un libro de literatura, o es una historia bien contada. Es la primera vez que me encuentro con una posición clara en el sentido histórico, no porque no esté en los otros libros, sino que como

¹⁴ Vélez Rodríguez, *Morales Benítez y el liberalismo democrático* [n 3]

¹⁵ Otto Morales Benítez, *Planteamientos sociales*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1986, p. 66

¹⁶ Julio Bedoya, *Manizales*, 1977

¹⁷ Otto Morales Benítez, “Ética, contrapoder y guerrilla”, en *Ética para una nueva sociedad*, Medellín, Manin Vieco, 1997, pp. 83-84

¹⁸ Otto Morales Benítez, *Luchas populares, prelaciones y enseñanza de la historia en Indoamérica*, Santafé de Bogotá, Universidad Central, 2000. Este libro es el prólogo a *Los artesanos en la revolución latinoamericana, Colombia (1849-1854)* y el *Dilema de la independencia las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826)* del escritor cubano Sergio Guerra Vilaboy, Santafé de Bogotá, Universidad Central, 2000 (*Colección 30 años de la Universidad Central*)

medida “pedagógica” no se había asumido. Es la propuesta que es síntesis. Es la propuesta que es teoría. Es la propuesta que es su línea de desarrollo en todos los libros en que toma la historia como fuente y como ensayo, como jalonadora de los hechos que han desencadenado muchos sucesos y muchas cosas no tan claras para el público común.

Pero venía hablando de “literatura” y me refiero a ella en sentido estricto. Hacia 1982, creo no equivocarme en el año, el uruguayo Eduardo Galeano da una charla en los “Martes del Paraninfo, de la Universidad de Antioquia”, en Medellín y allí presenta, del modo más indirecto pero más franco, su colección del redescubrimiento de nuestra América, *Memoria del fuego*,¹⁹ y su primera unidad, *Los nacimientos*. Quiero citar dos elementos de su charla, para mantener viva la esperanza de escribir sobre nuestra historia la de antes y de ahora, para mantener vivo este “continente de siete colores”, como recuerda Morales Benítez que llamó a esta América el doctor Germán Arciniegas.

El porqué de la cruz en América o ¿cómo la aceptaron?, ¿qué significaba? Dice Galeano “para los mayas era el encuentro de la lluvia vertical con la tierra horizontal. Símbolo de fecundidad. No de dolor”. Es que imponer un símbolo contra una cultura histórica era complicado. Por eso el sincretismo. Por eso la lluvia y la tierra.

Una de las primeras insurrecciones del siglo XVI, que duró casi cien años, fue la de los tayronas,

se levantaron en defensa de sus costumbres sexuales. Cuáles serían esas costumbres sexuales, que hicieron que los indios se alzaran en 1599, nada menos que ochenta comunidades, degollaron una cantidad de curas, quemaron muchas iglesias, llegaron a cercar a Santa Marta, que después recibió refuerzos de Cartagena [...] era lo que ahora podríamos llamar en terminología moderna divorcio, derecho libre al incesto, y derecho libre a la homosexualidad.²⁰

Desde lo más lejano de los tiempos, en estas tierras se divorciaba quien quería y hacían el amor los hermanos, si tenían ganas, y la mujer con el hombre o el hombre con el hombre o la mujer con la mujer. Así fue en estas tierras hasta que llegaron los hombres de negro y los hombres de hierro, que arrojan a los perros a quienes aman como los antepasados amaban.²¹

¹⁹ Eduardo Galeano, *Memoria del Fuego*. Tres libros *Los nacimientos*, *Las caras y las máscaras*. *El siglo del viento*, Buenos Aires. Siglo XXI. 1982, 1984 y 1986 respectivamente

²⁰ Primer casete de la charla realizada en Medellín, lado B

²¹ *Los nacimientos*, 1599 Santa Marta. Hacen la guerra para hacer el amor, p. 194

Dice Galeano que eran manifestaciones comunes y culturales en la historia de estas comunidades que es necesario rescatar para combatir el espíritu de mirar su historia “ninguniándolas”, como dice el escritor.

“Cuando Dios hizo al Edén pensó en América”.²² Así empieza la canción, una de muchas que hablan de que el paraíso estaba en América. Y esta corriente musical tiene su soporte en la corriente histórica católica: desde allí se habla de que Jesús en sus cuarenta noches estuvo en América. Que el Diablo, tal como lo define la Iglesia, estaba en América. Que los ríos de América son los mismos ríos del paraíso. No cabría duda al explicar que este continente de siete colores ha sido, es y será el paraíso mundial de muchas cosas y ganas: los múltiples y variados climas y temperaturas; la ecología más diversa y más rica; el sabor a amor con que se vive hasta la muerte misma; nuestros pasos ancestrales de colectividad, nuestra literatura anclada en lo inverosímil o inaudito; nuestra música que plantea los porqué de una raza que viene de muchas razas juntas, mestizadas, miscegenadas. Pero como dice la literatura, para encontrar razones para “sumar”, no para “restar”, para ser y no para no ser, para existir y no para no existir.

América es antes que todo un gentilicio para quienes nacimos y vivimos en este continente. Somos americanos desde Alaska hasta la Patagonia. Desde la Isla de Pascua hasta Trinidad y Tobago. Desde arriba hasta abajo y desde Occidente hasta Oriente. Y parece una necesidad decirlo pero es así. Los del norte son “norteamericanos”, los del medio “centroamericanos”, los del sur “suramericanos”, los del mar “antillanos americanos”. Pues si ha habido un ánimo de buscar nuestra historia en Europa, en España, también ha habido un ánimo de llamar americanos a los norteamericanos, en detrimento de un gentilicio que nos pertenece a todos, con orgullo.

En el libro el doctor Morales Benítez cita a Américo Vespucci, quien señala: “Y ciertamente si el paraíso terrestre en alguna parte de la tierra está, estimo que no está lejos de aquellos países”.²³ Así las cosas, el parecido no es literario: es real. El parecido no es de ahora: es histórico. Y cualquier invento musical no es más que la emoción al servicio de la realidad.

Decíamos al principio que el Edén fue visto aquí, en América. Y también “El Diablo”, como símbolo del mal cristiano: “Antes se confesaban

²² Antonio Julián, “*Monarquía del Diablo*”, en *la gentilidad del Nuevo Mundo americano*. Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1994. Con estas palabras se señala al paraíso muy cerca del caminar de estos hombres, los antediluvianos, sobre los mares.

²³ Obra citada, pp. 75-76. Comentario sobre la obra de Darcy Ribeiro y Carlos de Araujo Moreira Neto, *La Fundación de Brasil-Testimonios 1500-1700*.

con el sol que pensaban que era Dios, ahora con la pared. ¡Qué linda mutación para bien de aquellas miserables almas!”²⁴

De tal manera que aquí vieron todo: el bien y el mal. Pero que nuestra geografía y nuestro entorno eran distintos; ¡si que lo eran!

En un Congreso de Ingenieros Agrónomos en 1991, reunidos en Riosucio, les hablé de un dato extraordinario que nos brinda el doctor Morales Benítez en su folleto “Facetas míticas del diablo del Carnaval de Riosucio”: la cifra de 7 459 610 diablos contados por Juan Wiers. Y ante la presencia de ese diablo querido y bueno los agrónomos que venían desde México hasta Argentina preguntaban qué hacer. Y yo les respondí: agrandemos la cifra, y uno por uno fue aumentando: 611...612...613. ¡Era otra forma de ser hermanos!

El doctor Morales Benítez dedica unas páginas a señalar las publicaciones que recogen los idiomas nacionales de las muchas comunidades indígenas de Colombia. Ya en su libro *Memorias del mestizaje*, señalaba que existe un atlas de colombianismos y desde luego, un atlas de otros lenguajes. En 1994 participó en la despedida del río Sinú por los emberá-katíos. Así decía su pancarta que estaba hermosamente diseñada con dibujos que aludían a la expresión, al hecho, a la cultura, “Do Wabura day bia ozhirada”, lo cual se puede “traducir” en “adiós al río Sinú que nos dio toda la libertad y la vida”. Es una traducción rápida, de lo que recuerdo del viaje. Ellos habían venido al mundo por el agua, su Dios les dio el agua y una maquinaria extranjera se las iba a quitar: la represa de Urrá.

El 17 de agosto del 2000 en un seminario que organizó la Fundación Alejandro Ángel Escobar pregunté al presidente de la Organización Nacional Indígena, ONIC, Armando Valbuena, qué había pasado con esa cultura, con esa organización, con esa represa. Dijo sin más, “la muerte de un río. No ganamos nada. La gente tuvo que irse para otro lugar”.

Y hoy leyendo el libro del doctor Morales Benítez entiendo el porqué de muchas razones que dirigen ciertos actos que son académicamente válidos. Él cita al profesor Chaves Cuevas, quien dice “que también existen miles de compatriotas que se expresan mediante sistemas lingüísticos propios, dignos de respeto y admiración”²⁵

Y ésa era la admiración que sentía este río del que he dicho que es una mujer: suave, pacífico, amable. Cuando llueve, el río se vuelve arisco, inunda todas las partes altas y medias de su curso y tiene muchas cicatrices de otros andares en otras épocas. Pero mi admiración era por vocación: siempre estuve en la agitación política, con la consigna en la boca,

²⁴ Julián, “Monarquía del Diablo” [n 22]. p. 132

²⁵ Obra citada, p. 91

pero nunca con la realidad como consigna que vi y oí en esta despedida del río Sinú por sus verdaderos dueños.

4 *Continente con mayoría de edad espiritual*

Así lo define Otto Morales Benítez. Y ahí entra la historia, el profesor, la pedagogía, ese pedazo de cultura que hace el enlace entre una filosofía y un alumno, entre un hallazgo y un alumno, entre un descubrimiento y un alumno. Pero qué somos,

tenemos una historia, una filosofía, un arte, una economía, unos postulados políticos, unas culturas populares, una cosmovisión profunda, con caracteres propios. Avanzamos situando sus contornos y buscando nuestras líneas culturales, políticas —de lo que fuimos, éramos y representábamos—, antes de estar sometidos a las imposiciones de los países centrales o los organismos internacionales, que siempre desvían nuestros propios planteamientos.²⁶

Eso es lo que somos. Y en ese sentido toda investigación y toda obra de arte deberá caminar para señalar nuestros apellidos culturales, nuestra “marca de fábrica”, nuestra propia personalidad. Con razón se ha dicho que quienes han construido una forma exacta de ser y de pensar han destruido también toda posibilidad de dar una oportunidad a la alegría, la única diferencia del hombre con el animal.

Los valores morales han existido para sobrevivir y para vivir. Los tres mandamientos principales: *ama shua*, *ama llulla* y *ama quellia* —no robes, no mientas, no seas perezoso—, regían universalmente. Se pueden unir a los complejos de los negros costeños colombianos: complejo de lisera, complejo de compadrazgo, complejo de necedad —no te juntes mucho, con el compadre hasta la muerte y no trabajes—, no son más que los argumentos históricos de una especie humana que viene de la esclavitud y tiene su centro humano en África.

Por ello concluimos con Morales Benítez que “es una cadena de autores que peleamos los mismos fines de una cultura: la nuestra, la de la honda raíz, la que nos orienta y la que nos salvará”.²⁷

“Quien haya nacido en el continente, con mezcla o sin ella”.²⁸ Uno de los padres de este adjetivo, de este gentilicio americano es el doctor Otto Morales Benítez. Con él otros como el brasileño Jorge Amado. Pero el parentesco no está en decirlo sino en definirlo, en clasificarlo:

²⁶ Morales Benítez, “Ética, contrapoder y guerrilla”, [n. 17], p. 95

²⁷ *Ibid.*, p. 39

²⁸ *Ibid.*, p. 95

clasifico así a muchos extranjeros que llegaron y aquí se quedaron entrañablemente confundidos con nuestro devenir. El mestizaje comprende la escritura, la religión, las formas de expresión de la ternura, el vestido, el juego, las fiestas, las comidas, la arquitectura, el arte, la oratoria etc., porque es un fenómeno que no excluye ninguna de las expresiones de la vida particular del ser o de las relaciones interpersonales.²⁹

Hemos pensado siempre que su gran aporte lingüístico, antropológico y humano a nuestro continente es esta expresión que nos da personalidad, entereza, gracia y sentido en el conjunto global. Un obrero en Santafé de Bogotá se apellidaba Mestizo y me encantó la redundancia. Y en una cédula de República Dominicana el color de la piel aparece como Mestizo, dándole razón al adjetivo desde el color mismo de nuestros deseos.

Para Marx, que clasificó la historia en cuatro grandes etapas, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo, hubo un hecho importante en América que también encontró en Asia: el modo de producción asiático. Y este modo no es más que una diferencia del modo de desarrollo de los países del Viejo Mundo. Aquí entre el amo y el señor feudal hubo un mecanismo distinto: el tributo al cacique, con lo que éste se volvía amo sin ser esclavista y sin ser feudal. Habría que tratar de mirar de nuevo este tipo de exclusividades que nos dan personalidad, que nos definen particularmente. Por eso Haya de la Torre afirma, como lo dice Morales Benítez, “la realidad de América no hay que inventarla, sino descubrirla”.³⁰

“Propuestas que repetimos”, enfatiza Morales Benítez. No es la repetición: es el planteamiento limpio de unas certezas históricas. Propone una cátedra de historia a raíz de los síntomas señalados en el libro del profesor cubano Guerra Vilaboy y que ha venido desarrollando en todo su escritura. Su pensamiento tiene dos cualidades: se acerca a la filosofía con sus conceptos y permanece sin cambios tácticos o como él dijera de un dirigente liberal que sus “programas no eran para las próximas elecciones sino para las próximas generaciones”.

Aquí está, entonces, una síntesis de su pensamiento y una cátedra para iniciar a los estudiantes de América con respecto a lo que debemos ser y hemos venido siendo, con este prólogo que yo agregaría a su propuesta de “cátedra”.

1) Por la cátedra de historia.

2) Primero lo del país, luego lo del continente y luego, lo universal.

²⁹ *Ibid.*, p. 96

³⁰ Obra citada, p. 54

3) Reelectura de los “cronistas de Indias”, para certificar y acabar con las suposiciones. Encontrar lo nuestro.

4) Descubrir y difundir lo que queda de las lenguas precolombinas: por una especie de “nacionalismo verbal”.

5) Un diccionario de los más grandes pensadores de nuestra comarca.

6) Lo mismo en el arte, la música, la arquitectura, el idioma, la pintura, la escultura, la cerámica etcétera.

7) Concepciones que hayan tenido su origen entre nosotros como libertad y democracia.

8) Estudios de Derecho Comparado.

9) Cátedras de integración: como orientaciones que sirvan para gobernar.

Su carrera de historia, estructurada, está al alcance de una mano universitaria que la ejecute, que la ponga en marcha. Allí está la microhistoria, los archivos, la historia oral, nuestros fundamentos precolombinos. Es una propuesta que debe convertirse en realización y por la que damos nuestro voto, académico y amigable, para su autor el doctor Otto Morales Benítez, “dentro de esa nómina de estudiosos que no son marxistas, pero que coinciden en tesis con éstos”.

5. Miradas desde la alegría para la libertad

SEGÚN el Papa Juan Pablo II el infierno es un estado de ánimo. Y los “diablos” encargados de cuidar esos “estados de ánimo” son sólo “estados de gracia”. Por eso convoco a los creyentes que desde un principio hemos dicho que cuando el hombre comenzó a querer el papel del hombre sobre la tierra que el Diablo nuestro — éste de Riosucio, Caldas, porque ésa es su matriz geográfica y cultural— es el Diablo de la Libertad, de la fecundidad de la tierra y el máximo exponente de la alegría. No tenemos estados de ánimo que vigilar, el Diablo de Riosucio, Colombia, está salvado de tanta tentación.

Las preguntas que casi siempre surgen cuando alguien conoce nuestra tradición y nuestras fiestas es “¿en qué se diferencia de las otras, de los otros carnavales?, explíqueme por favor”. La primera característica del Carnaval mundial es el carácter religioso de todo acto: es un acto de disciplina, de recogimiento y de vigencia de una nueva ley, lo que le da el carácter religioso. Una cuadrilla del carnaval de Riosucio tiene su propia ley y su propio gobernante. Ése es el carácter que la diferencia: son leyes que sólo se conocen cuando se pone en escena la calle pública, esa dramatización, ese conflicto teatral. Deberíamos tener un mayor cuidado al

clasificar las tendencias dentro del carnaval: independientemente de la categoría teórica, del tema tratado, todas las representaciones son religiosas por ese carácter de “nueva vida”, de organización, de gobierno de otra ley.

La literatura es el otro signo de diferencia. Los carnavales comparten un llamado a la fiesta, un bando, un decreto administrativo, pero la literatura del carnaval de Riosucio no reside allí, está en todo acto estético que tenga que ver la representación carnavalera. Hemos señalado que una cuadrilla de 1903, hace más de cien años, era una parodia muda y sin embargo el texto teatral en escena era evidente: un animal llevando al cazador al hombro, una antigua y muy moderna. hoy, representación ecológica. De cada pequeño acto de fiesta, de cada movimiento de un actor. se desprende una teoría que daría paso a una representación estética, si la estética tiene esa función: descubrir nuestra identidad en las fiestas que nos dan personalidad. Otro hecho fundamental a señalar es que nuestro Diabolo tiene una profunda significación telúrica en los versos de los matachines de hace mucho tiempo.

Antes que una “idea” del Diabolo transmitida como patrón educativo, la literatura del carnaval ha conceptualizado al Diabolo y en buena dosis lo asocia a la creación cósmica y a un parto natural de nuestro cerro Ingrumá.

Dice José Trejos (1925),

tú representas los elementos de la naturaleza en toda su virilidad cuando simbolizas los océanos, te llaman Neptuno; Vulcano cuando representas el fuego, y Saturno, en el calendario de los siglos. Los antiguos amantes te llamaron Eros y Cupido; Urania te llamó la astronomía, Minerva la sabiduría, y Apolo te llamaron los poetas.

Simeón Santacoloma García en el “Himno del Carnaval” (1912), lo asocia al nacimiento de la luz:

Vino un día del arte y la ciencia
la magnífica luz a alumbrar
e inspiraste con gran excelencia
las cuadrillas de fama sin par.

Carlos E. Gil, *Cegil*, así nos habla: “Todo se oscureció por un momento y la tierra se estremeció, con sudor temeroso de arroyuelos [...] se rompió la fuente de la roca dura y de la vulva gigantesca brotó un monstruo [...] un monstruo de astas enormes; de medrosos colmillos; de brazos ciclópeos; de piernas como raíces; de ojos fulminantes y de sonrisa enigmática como una monalisa”.

En los cuentos “Viejo querido” y “Pueblo de Diablo bueno”, de autores no identificados del concurso de cuento en 1985, el Diablo nace de una bruja al pie del Ingrumá o como desgarramiento del mismo, cuando se de borda la sangre de la patria hasta que las heridas cicatricen y renazca “el que domina la razón mágica de un pueblo llamado Riosucio”.

En el poema “Mi delirio sobre el Ingrumá”, del 7 de agosto de 1919, Enrique Palomino Pacheco, concibe el nacimiento simultáneo de Riosucio y el carnaval, de ese útero rocoso:

Miró su veste desgarrada,
 loca, desesperada, entristecida,
 con la amargura que a llorar provoca,
 lloró la dulce libertad perdida.
 Y al pie del alta y gigantesca roca,
 nació Riosucio, la ciudad querida
 con un himno triunfal entre la boca

Umberto Eco, escritor italiano y quien ha hecho el prólogo del libro *Carnaval*, sobre el de Río de Janeiro, ha afirmado que poco tiene que hacer el carnaval hoy en el mundo cuando la realidad, nuestra realidad, ha tomado todos los elementos del carnaval: la política, la administración, las teorías etc., se han vuelto “carnavalescas”, son la parodia bufona de una realidad que no cambia. A quién va a parodiar el carnaval, se pregunta Eco. Y afirma, si la realidad es la proposición “*p*”, el carnaval debe ser “no *p*”, no es el caso que *p*. Es la negación de esa realidad. Pero si la realidad es “no *p*” ¿a quién va a negar el carnaval? Y yo respondo, invitando al escritor Umberto Eco para que conozca a Riosucio, Colombia, que si la realidad es una negación el carnaval deberá ser una afirmación: si “no *p*” es la proposición, el carnaval será “no no *p*”, es decir, *p*, la afirmación de los hechos que niegan la payasada de la vida.

Una lectura de las letras de cuadrilla desde 1970 hacia acá nos da esa alegre sensación de proponer lo que la realidad nos quita. Éste es otro punto de diferencia, de alegre diferencia!

Los riosuceños afirmamos con mucho optimismo “nuestra fiesta la podrán imitar pero no igualar”. Así leí un texto en Trinidad y Tobago, será imitada pero no igualada. Veo como se comparte la misma preocupación. Para estas épocas ya hay un carnaval con Diabla y Diablo, entre Santander y César, un carnaval de frontera: Ocaña y Río de Oro. En los límites entre Brasil y Uruguay se da otro carnaval de frontera internacional entre las ciudades de Livramento y Rivera. Es lo que advierte el filósofo Danilo Cruz Vélez: lo que la naturaleza divide la cultura une.

Propongo realizar el mejor carnaval del mundo desde el sitio más pequeño y querido de la tierra: Riosucio, como un gran circuito de la alegría, como un gran embajador de la libertad y patrocinador absoluto de la felicidad, sobre pueblos que no las han tenido nunca en su propia vida. Iendremos este año una presencia internacional que podrá refrendar con su testimonio lo que aquí presentamos como un decálogo del buen comportamiento camavalero mundial

Otra diferencia con los festivales que se están haciendo para presentarse en “sambódromos”, “cumbiódromos” y ciertas calles especializadas para cobrar boleta al turista y dejar a la ciudad vacía de su propia fiesta. Ya hay en Buenos Aires “tangódromo”. Habrá que evitar que los medios masivos y la tecnología nos conviertan a nuestro carnaval en “cuadrillódromos”, para que la gente que protagoniza esta preparación lenta y sigilosa durante tanto tiempo se pierda el derecho de vivir su misma representación. Los videos, los montajes audiovisuales, tendrán que respetar el espacio, que en Riosucio son las calles y las casas ancestrales matachinescas. Que nos visiten como quien mira una obra de arte: con todo respeto por las condiciones de tiempo y espacio señaladas por la historia.

El único continente que se mueve es el americano. Está suspendido sobre la tierra encima de una mar de agua bendita. nuestras fallas geológicas las conocemos tan bien que por eso poco nos preocupamos, desde los gobiernos, para enfrentar nuestra condición. Se podría pensar que la culebra es el máximo exponente de nuestra fuerza telúrica. Ella ha salido en Mesoamérica. Se ha convertido en hombre y dignificado la tierra con su presencia tectónica. En Riosucio está el mito de la culebra de las siete cabezas. Y cada que tiemble el hombre deberá aplaudir la naturaleza como testimonio de nuestras fuerzas biológicas. La culebra es la fecundidad, como el macho cabrío lo fue en Grecia y Roma, para que la tierra diera lo que el hombre necesita. Por eso nuestro Diablo se parece al macho cabrío en su forma, en bellísima figura de toro-hombre-creador. Nunca el riosuceño ha pintado ni esculpido su Diablo estando parado en sus cuatro patas (o dos patas y dos manos). Deberíamos intentar una significación e tética como ésa. Recuerdo cuando pregunté al torero Enrique Calvo, *El Cali*, cuyo padre era riosuceño, que “cuándo iba a torear a un cornúpeta que no fuera un toro sino el Diablo del carnaval de Riosucio”. Él se rió porque era la primera vez que le hacían esa sugerencia. Y los animales salvajes, el tigre por ejemplo, han dado testimonio de que el hombre americano busca la fecundidad de la tierra, incluso pensando hacia adentro del hombre.

Alberto Cousté nos dice: “Aunque debe al cristianismo buena parte de su difusión en Occidente, el Diablo no es propiedad de ninguna hermenéutica determinada, y su presencia en la vida de los hombres es anterior al monoteísmo y al consiguiente establecimiento de las religiones mosaicas”. Así lo ha comprendido la literatura satánica riosuceña. Por ello lo ejemplos de diversas maneras literarias que ponemos a su consideración bajo el título *Cantares al Diablo*.

En idéntico sentido convoca Eugenio Triás en su texto *Filosofía y carnaval*, como propuesta para acabar con las profesiones de la monotonía y el aburrimiento: “Consagrar como patrono a ese genio carnavalesco que fue san Alejo, que abandonó a su mujer a los tres días de casarse, huyó a no se sabe dónde y reapareció disfrazado de mendigo al cabo de veinte años, tardando otros veinte en ser reconocido”.

6. De los antojos del disfraz y la provocación de la música

*Barranquilla quien no te conoce, te sueña,
y quien te conoce, jamás te olvida
Paraguitas*

El pasado martes a las seis de la tarde en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán, en Bogotá, tuve la grata sensación de asistir al conversatorio sobre el carnaval de Barranquilla, Colombia.

Tuve la sensación de decir “¡por fin conozco el carnaval de Barranquilla!”. Me contuve. Oí los textos de expertos, escritores y hacedores del carnaval. Vi cómo compartimos un mismo origen y dije al final que “el río Magdalena fue el gran tributario de la fundación de este carnaval. Y que yo hablaba desde el Río... sucio, con su carnaval del alma, para saludar a su hermano”.

Conoci Barranquilla en viaje de patria: caminando los senderos de la cultura y de la historia nacional. Vi, recuerdo como si fuese hoy, en el zoológico de la ciudad a un perro al lado de un león (me puedo equivocar en los dos animales) compartiendo la misma “celda”, el mismo sitio de exposición al público. Dije que era un ejemplo de tolerancia política para el mundo. La gente rió. Y hoy diría exactamente lo mismo.

Nací disfrazado y en medio del himno de carnaval que más se parece a la gracia de danzar cantando. De joven mi padre me llevaba a los ensayos de cuadrilla y desde luego me dormía. Pero adentro, en mi alma, se

³¹ Su nombre real César Morales. Algún día trató de salir al carnaval y lo encontraron con un paraguas, de donde viene su apelativo carnavalero

fijaban los resplandores del disfraz, la música parodiada, los requisitos de la cuadrilla y la sensatez de quienes allí participaban.

Conocí tarde, si es tarde 1985, el carnaval de Pasto. Fuimos invitados por la Junta Central de allí los miembros de la Junta del Carnaval de Riosucio, Colombia. Tuvimos una grata compañía de guías de turismo y guías del alma (aquellos que saben por dónde llora el espíritu cuando ve a la gente nuestra divertirse sin ofenderse). Desde los hacedores de carrozas —vi a alguien comprando una para el de Barranquilla—, que son exactamente los escultores del arte popular colombiano, hasta el barniz pastuso en pequeños bodegones del paisaje que vendían con premura al visitante. Este carnaval se acaba a las nueve de la noche: el frío intenso no deja que el cuerpo resista la emoción en la calle. Nos fuimos para una caseta con una amiga casada y ocho hombres (creo no equivocarme): entramos porque nuestra gracia era conocer el carnaval y no enamorar. Claro que el hablado de las pastusas era una tibia convocatoria al placer es como cantado, como rimado, como pausado... Bailé esa noche con un poste de la caseta: qué gran compañía. Sin reparos, sin disgustos, todo a mi favor. Después de varias piezas en esta grata compañía se me acerca una hermosa pastusa a decirme que por qué no bailaba con ella. Y bailé con ella: esos diez minutos que dura una canción en la cultura popular sureña. Al día siguiente, en la calle, me preguntaban sobre los postes de las casetas y se pusieron de moda. Tomé muchas fotos, casi doscientas, y vi cómo desde el cura hasta el policía todos terminaban contagiados de la magia del carnaval: de negro o de blanco. Mi disfraz era de sacerdote y la gente me decía “¡y el padre también está jugando hoy!”. Los disfraces los utilizamos para contagiarnos, para hermanarnos, para ser iguales en la diversión. El siete de enero, ya de salida para el centro del país, un taxista nos mira por ese espejo que llevan adelante y encima en los carros, y nos dice que los hicimos reír mucho el día anterior. No sabemos cómo nos reconoció en sano juicio —de pronto por nuestra voz—, y no nos cobró la carrera. Nos vinimos contagiados por ese gran carnaval.

Y habíamos dicho que había que conocer el de Barranquilla. Trabajé, como mucha gente de allí, en la represa Urrá sobre el río Sinú. Tienen una gran disposición para la alegría y una pésima disposición para el trago: se lo toman rápidamente, servido en poca cantidad y se emborrachan muy ligero. Pero seguía la tentación de conocer a Barranquilla. Y ahora, en este febrero, he podido oír de sus propios hacedores la magia de una danza y una música puestas en escena bajo un disfraz.

En los tres carnavales de Colombia ningún personaje utiliza la máscara para ocultar su identidad, todos actúan. Aquí en Barranquilla, siendo una ciudad grande, todo el mundo conoce a *Paraguitas* o al otro anima-

dor, o al fotógrafo, o al Rey Momo. En Pasto hay un momento de pérdida de la identidad: cuando todo el mundo está blanco o negro, se pierden las señas del rostro pero en las carrozas se actúa con las esculturas, en los años viejos con el mensaje y en las casas con la cordial atención que brindan al forastero. En Riosucio, ciudad pequeña, se conoce el caminado de los disfrazados, el canto, su altura, su porte, y en gracia de actuación se quitan las máscaras para que la gente los distinga. Allí se representa, teatralmente, una parodia literaria y musical.

Pero lo que distingue al carnaval de Barranquilla son sus danzas y su música, reales pertenencias del continente africano, que evolucionan y se mezclan, mestizamente, con todo nuestro acervo cultural e histórico. No digo que su disfraz, que es un gran síntoma de su cultura porque se repite, se da en cada versión. Mientras que en Pasto y Riosucio el disfraz cambia, se transforma, se actúa: en cada carnaval hay una nueva puesta en escena, un nuevo disfraz y una nueva representación. Y el de Riosucio tiene a su favor, literariamente, las letras, los discursos, la literatura matachinesca. Pero el de Barranquilla es una puesta en escena, en la calle, de una danza y un cuerpo siguiendo los ritmos de una música que provoca, que tienta los ánimos, que arrastra como una mano invitando a bailar en la calle con los tambores y las flautas, violentos sonidos contra el silencio.

Por ello diría con mucho de respeto y con mucho de complicidad: “yo que te sueño no te olvido”, porque los escritores tenemos la gran posibilidad de conocer literariamente lo que la realidad tiene y ofrece. El año pasado me correspondió en Trinidad y Tobago conocer las danzas y los cantos negros, africanos, mestizos y ver el bautizo de una niña y el homenaje al agua, como gran gestora de vida. Ya las conocía por la literatura, por Jorge Amado, por Manuel Zapata Olivella. Ya sabía a qué sabían los dioses negro en una reunión, clandestina, de homenaje. Por esa razón digo que he soñado con Barranquilla y ahora no la puedo olvidar: venimos asistiendo, colectivamente, a una defensa de los disfraces tradicionales (las “Marimondas” se perdieron de su tradición por la falta de “respeto” y por la evocación del pene, y se recuperan, gracias a *Paraguitas*: en 1984 hoy en día la comparsa cuenta con 680 integrantes), la violencia ha generado espacios de ruptura en los carnavales. Aquí en Barranquilla se rompió su hilo conductor por la guerra de los Mil Días, de los cuales hace ya más de cien años. En Riosucio ha sido “El Diablo” el puente democrático que recupere el sentido de la alegría y la libertad: dos violencias, una local y otra nacional, interrumpieron su gloria.

Riosucio tiene historia escrita sobre sus carnavales desde 1847. El de Barranquilla se reabre en 1903 y se da la primera Batalla de Flores, que

ahora cumple más de cien años. En 1918 se elige la reina del carnaval y desde 1995 se hacen dos desfiles en la calle: por la multitud, por el sol, por los participantes.

Hay un gran vacío en este carnaval: mientras en Pasto la noche no existe por el frío, en Barranquilla no existe por tradición: las noches son para los actos privados (El Club, la Casa, la Caseta). No son carnavales nocturnos y dan pie a una celebración privada. En Riosucio es tanto el uso de la calle que cuando comienza el día, cinco de la mañana, sale una alborada recorriendo el pueblo y convocando a la libertad disfrazada.

El Rey Momo cumple la virtud del Diablo: aparece y desaparece con la vertiginosidad del tiempo. Se erige y muere, se erige y se quema, se erige y espera una nueva convocatoria. En Brasil tiene que ser un hombre gordo, más de lo pensado, y en Barranquilla tiene que ser un líder natural de la alegría. Así lo es quien desde el 2000 se considera “Rey Momo Vitalicio”.

Fotografié al Diablo en el desfile de carnaval del domingo 23 de febrero: ésa era la invitación, hacer un circuito de la alegría entre nuestros pueblos con mayor tradición cultural e histórica en Colombia. Ahí vi a Riosucio jalonando esa propuesta, desde luego, literariamente.

Pero este domingo sí me sentí de allí, me arrastraban las músicas, los pies querían danzar y la cámara no era más que una extensión de mis ojos sobre las ganas de estar incluido como una marimonda (la 681), como un torito, como un congo, como un mestizo hablando de nuestra tremenda afinidad y nuestra tremenda fiesta para reemplazar a quienes se oponen a la alegría de la libertad.